

Escribe

¿Para qué, don Patricio, dar explicaciones?

La edad de la verdad



FERNANDO
VILLEGAS

Cito textualmente la contratapa del libro Carta Abierta a Patricio Aylwin, de Armando Uribe:

“No hay justos en la medida de lo posible. No hay justicia en la medida de lo posible, ni verdad a la medida, ni reconciliación y amor mesurados por el metro de lo que se puede.

“Usted, con todo, se consideró el hombre de lo posible.

“Lo dijo respecto a valores y juicios.

“Tampoco se le puede pedir que haya sido santo. Justo no más, justo con minúscula.

“Era demasiado pedir...”.

Imagino que el editor no es incompetente y escogió el párrafo que mejor representa el libro. Debo imaginarlo, porque no voy a leerlo. Si esa contratapa es representativa, ocioso es entrar en los detalles de la argumentación que la hace representativa. Y si no lo es, para qué leer un libro que dice una cosa en la tapa y otra distinta en las páginas. Ocioso, además, leerlo, sea coherente o no, porque este discurso que adivino a partir de un párrafo no es invención de Uribe; es una monserga que

¿Cómo calificar y bautizar a los beneficiarios de la guerra que reprochan a quienes la ganaron, que los injurian por volver cubiertos de sangre, lodo y excrementos?

Chile ha tenido dos “guerras” en los últimos 25 años: la de Pinochet y la de Aylwin.

ha sido ya proclamada a porfía e, incluso, se ha convertido en un buen negocio. Hay numerosos escritores y periodistas que han hecho bonitas sumas sacando material con pala de la cantera de los derechos humanos, desde la cual aquella emerge. El discurso de Uribe es sólo una variante entre otras, tal vez mejor o peor escrita que otras. Lo mismo da: es una voz más sumándose al coro de esos justos a ultranza que aparecen cuando los verdugos ya se fueron, la voz grandilocuente de los eternos profetas de la moral que salen a predicar cuando los asuntos han sido resueltos.

Principismo

Pero todo indica que el bando de los principistas fundamentalistas de voz cavernosa aumenta día a día. El aumento va en directa proporción con la impunidad, la facilidad y al buen tono que el moralismo retrospectivo va teniendo con el paso del tiempo. Estas personas se manejan con mucha comodidad oratoria a partir de ciertos valores que consideran absolutos: la Verdad, la Justicia, la Vida. Por eso vienen y nos notifican que no hay justos en la medida de lo posible, que no hay justicia en la medida de lo posible ni tampoco verdad a la medida.

Pero la verdad es que hay una sola cosa absoluta y, por tanto, más allá

de toda medida: la falsedad total de dicho aserto. No hay nada que no sea medido y limitado por lo posible. Lo prueba la más elemental lógica: ¿Cómo podría ser posible lo que es imposible? A dicha evidente ley obedecen aun los más elevados principios, limitados en su operación primero por otros principios y, enseguida, por las circunstancias. Esa concatenación y coexistencia de elementos que no flotan aislados en el vacío, sino en compañía y a veces en colisión con otros, es lo que circunscribe lo que cada uno puede ser o llegar a ser. No es capricho del hombre, sino imperio de las circunstancias.

Claramente no fue gusto o deseo de Aylwin o cínica manipulación de su parte lo que lo obligó a limitar, a medir. Por lo demás, cuál haya sido su gusto es cuestión que escapa a la observación externa; para saberlo habría que mirarlo por dentro, escharbar su cerebro y su corazón. Y finalmente, qué importan cuáles hayan sido sus deseos: deseos de justicia o de cualquier “valor” es fácil tenerlos y vocearlos, y más aún que sean ilimitados; la cuestión central no es cuánto se desea, sino cuánto es lo que se puede hacer. Sólo un don Nadie, un ciudadano del montón que no tiene medios ni siquiera para intentar hacer justicia en su casa puede creer, por falta de práctica, que es posible exigirla por entero a todo el universo. Pero para eso, además de ser del montón, se requiere esa otra virtud que es la inocencia; así puede presumirse que del deseo a la realidad sólo media el deseo de llevarlo a cabo.

¿Quién es o puede ser justo sin medida, cuando se pasa de las palabras a los hechos? En otras palabras, ¿quién puede darse el lujo de no poner límites a su justicia? Ni siquiera hablamos aquí de las limitaciones que imponen los intereses mezquinos, el egoísmo, el miedo, etcétera. Se trata de los límites que imponen otros principios “absolutos”. ¿Se puede ser absolutamente justo sin herir a menudo el principio de la piedad? ¿Puede usted, por ser absolutamente veraz, entrar a la pieza del enfermo diciendo, como ese coño del chiste, “¿con que se agoniza, eh?”. ¿Va usted, por no ponerle medida a su justicia, a atropellar la caridad? O para volver al problema que encaró Aylwin, ¿iba a arriesgar un sistema, vidas humanas, oportunidades de desarrollo, tranquilidad ciudadana, etcétera, simplemente para probar y probarse cuán justo era? ¿Iba a estirar la cuerda hasta que se rompiera para sólo entonces dejar de estirla?

Beneficiarios

Pero esa clase de razonamientos está ausente en el delirio de justicia de los fundamentalistas, aunque en verdad digo “fundamentalistas” con mucha imprecisión. Los fundamentalistas sostienen un principio a ultranza antes y durante un proceso; lo que aquí tenemos es gente



MARCELO HERNANDEZ

que los vocea mucho después que el negocio ha concluido. Ni siquiera puede llamarseles “generales después de la guerra”, los cuales surgen en miradas después de un fracaso a explicar qué medidas debieron tomarse para evitarlo. Pero ¿cómo calificar y bautizar a los beneficiarios de la guerra que reprochan a quienes la ganaron, que los injurian por volver cubiertos de sangre, lodo y excrementos?

Chile ha tenido dos “guerras” en los últimos 25 años. Primero la de Pinochet, combatida para evitar una guerra civil mucho peor, cuyo libreto estaba escrito ya y de cuyos efectos aterradores son testigos las docenas de países que no contaron con ese oportuno aborto. Segunda la de Aylwin, combatida para restablecer el régimen de derecho conculcado por el anterior. Y beneficiarios de ambas guerras son ahora casi todos los habitantes de este país, excluidas por cierto las víctimas directas e indirectas, aquellos que murieron y aquellos que no han obtenido plena justicia por los que murieron. Incluyo entre los beneficiarios a los críticos de ambos mandatarios. No se ve que pertenezcan al grupo de los perjudicados. Ni están muertos ni añilan sus reproches desde sillas de ruedas o camas de hospitales, ni desde el exilio ni desde la miseria; se les ve, en cambio, espetando sus quejas desde cargos públicos y privados bien retribuidos, desde cómodos estudios montados en un *atelier*, con señora y auto nuevo, desde la paz del estado de derecho ganado por Aylwin y desde la relativa prosperidad ganada por Pinochet.

Nada nuevo: quienes han podido darse el lujo de conservar las manos limpias siempre desean que los otros, los que se las ensuciaron para que ellos las mantuvieran pulcras, desaparezcan del escenario.

Que se vayan, que se mueran, que se callen, se les niegue la sal y el agua.

Grave error

Lástima que Aylwin no haya podido escapar al influjo de esos hipócri-

tas. Qué pena que no se atreva a hacerse enteramente cargo de su propio buen juicio y de las palabras con que lo expresó en su última obra y entrevista.

¿De qué sirve ahora hablar de citas “fuera de contexto”? ¿Por qué ser valiente y lúcido en la mañana y vacilante y confuso en la tarde? Cierto es que eso no puede reprochársele demasiado. El país entero ha asumido la vía del olvido de la mitad de la historia y del recuerdo obsesivo e imborrable de sólo la otra mitad, con las consiguientes confusiones, vacilaciones y distorsiones a lo que da lugar. Sólo varía, en cada caso, cuál mitad se recuerda y cuál se olvida. Pero aun así es la vía más cómoda; se es apoyado por un vasto grupo, se simplifica todo, se tiene a la mano un chivo expiatorio al cual culpar. Por eso, sólo de modo huidizo y casi culpable algunos reconocen “ciertos” éxitos económicos de Pinochet que de inmediato se minimizan; por la misma razón otros aceptan algunos “excesos” que no “involucran a las instituciones”. Así es como el país entero miente y se miente. Cada quien reconstruye la historia menos para entenderla que para darse el gusto de exculparse y culpar.

¿Pero usted, don Patricio, qué ganaba con ponerse a la cola? Usted, anciano ya, jubilado, fuera de carrera, en el crepúsculo de sus años, puede darse el lujo de ser veraz sin darle explicaciones a nadie. Que se vayan a la cresta los guatones o los chascos de su partido; los ingenieros electorales, intrigantes, estrategas y cosmólogos de la Concertación. Yo, que apenas friso los 50, ya me atrevo a casi todo. Usted, más bien cerca de los 80, debiera atreverse a mucho más. **R.**